

DE SANTA TERESA DE JESUS. (*)

Respondens Iesus dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine caeli, & terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus & prudentibus, & revelasti ea parvulis. Mat. c. XI.

1 **C**on dificultad, señores, encontraréis en el Evangelio cláusulas mas misteriosas que las que habeis oido. Antes de proferirlas la Magestad de Christo se difundió en elogios de san Juan Bautista: reprehendió la incredulidad y obstinacion de los judíos; y habló con las turbas, y con sus discípulos tan claro, que todos pudieron entenderle. Mas por lo mismo se hacen mas imperceptibles las palabras con que vuelto hácia Dios, como por apóstrofe le dixo: *Os confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra; pues ocultasteis esto á los sabios, y prudentes, y lo revelasteis á los pequeñuelos.* Porque ¿que será esto que no explicó Jesu-Christo? ¿A que se refiere? ¿Será la grandeza del Bautista? Será la dureza de los judíos, de que habia hablado ántes? Entrambas cosas eran bien notorias á sabios é ignorantes. Pues ¿que será esto que el Eterno Padre quiso ocultar á unos, y manifestar á otros? *Confiteor tibi, Pater, Domine &c.*

Es, señores, en sentir de san Juan Chrisóstomo, el inefable misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, es la verdad de ser Jesu-Christo el Mesías prometido, la que quiso su Eterno Padre revelar á los pequeñuelos, y encubrir á los sabios, sin que podamos comprender la

(*) Predicado en el convento de sus Religiosas de Corpus Christi de Valencia, á 15. de Octubre de 1745.

la causa, porque usó de tanta misericordia con unos, y de tanta justicia con otros. Los apóstoles deseáron saberla, y no se atrevieron á preguntarla. Pero su soberano Maestro Jesu-Christo registrando sus corazones, y dando por hecha la pregunta, les respondió, que la causa de ser preferidos en el conocimiento de su divinidad los gentiles, comprehendidos baxo el nombre de pequeñuelos, á los judíos comprehendidos baxo el nombre de sabios y de prudentes, era la suprema voluntad de su Padre Eterno, que quiso revelarlo á unos, y ocultarlo á otros: *Respondens Iesus dixit: Confiteor &c.*

2 Y aquí descubro un nuevo motivo para calificar de misteriosas las cláusulas del Evangelio; pues encuentro, que embeben en sí los grandes misterios de la Encarnacion y predestinacion, misterios que quando me pongo á contemplarlos, me llenan de confusion, y de asombro. Porque quien no se admira de que el pueblo judáico, ántes el mas amado de Dios, llegara á ser el mas aborrecido; y que el pueblo gentil ántes desechado llegara á ser el escogido? ¿Quien no se admira de que los judíos no recibiesen con los brazos abiertos á Jesu-Christo, que vino de propósito á favorecerlos? ¿No fueron sus patriarcas aquellos á quienes Dios prometió que de su sangre habia de nacer el Mesías? ¿No fueron sus justos los que estuviéron continuamente suspirando porque naciera? Ya es hora, decian, ó Gran Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que nazca el sol de Judá. Ya es hora que la vara de Jessé produzca la flor del campo, el fruto de la vida. Ya es hora que las nubes lluevan al Justo. Ya es hora que se razguen los cielos ó se inclinen, paraque baxe á la tierra el Salvador: *Inclina celos tuos, & descende.* Esto y mucho mas, oyentes míos, dixéron los judíos ántes de venir Jesu-Christo al mundo, en prueba de los deseos y de la necesidad que tenian de que viniera. Sin embargo quando vino en el tiempo prefixado por Daniel, y con todas las señas de verdadero Mesías, ni le conocieron, ni

ni se aprovecharon de su venida, porque su Eterno Padre quiso ocultársela: *Abscondisti hæc à sapientibus & prudentibus.* ¡O Dios mio! que incompreensibles son vuestros juicios! que absoluto es el dominio de vuestra voluntad, segun cuyo propósito irrefragable elegís á unos, desecháis á otros? Bien que los judíos por su cegüedad y enormes culpas merecieron, que Vos justamente les negarais la luz necesaria para conocer á su Redentor, y los condenarais á un eterno suplicio; pero los gentiles ¿que mérito tuvieron, para que les dierais vuestra gracia, y los eligierais á la gloria? Ninguno. Solo Vos, Señor, fuisteis el que por vuestra misericordia, destinándoles el mayor premio, les disteis los méritos para alcanzarle. Confieso pues absorto con vuestro Unigénito Hijo, que sois el soberano dueño de los cielos, y de la tierra: *Confiteor tibi, Pater, Domine celi, & terræ.*

3 Y estas palabras que en la boca de Jesu-Christo fueron una confesion ingénua del beneficio que hace el Eterno Padre á los que revela la Encarnacion de su Hijo, en la nuestra deben ser la mas rendida accion de gracias; porque por su infinita bondad somos del número de aquellos pequeñuelos, á quienes se ha dignado revelarla: *Revelasti ea parvulis.* Por divina revelacion creemos firmemente, que la segunda Persona de la Trinidad Beatísima se encarnó, tomó carne humana, se hizo hombre en las entrañas de María nuestra Señora; porque en el mismo instante en que esta Soberana Reyna dió su consentimiento á la propuesta que le hizo san Gabriel de haberla elegido Dios para Madre suya, el Espíritu Santo formó de una porcion de su purísima sangre, y en su virginal útero, un cuerpo hermosamente organizado con cabeza, manos y pies: en aquel mismo instante produjo una alma, que unió con aquel cuerpo, y en aquel mismo instante al cuerpo y alma que así físicamente unidos componian una humanidad perfecta, se unió la segunda Persona de la Trinidad

Beatísima. Entónces pues el Hijo de Dios comenzó á ser hombre, lo que ántes no era, sin dexar de ser Dios, lo que ántes, desdel principio, desde la eternidad era: con que Jesu-Christo, que así se llamó Dios hecho hombre, quedó y es Dios verdadero, y hombre verdadero: igual al Padre Eterno segun su Divinidad, menor que el Padre segun su humanidad. Porque las naturalezas Divina y humana al unirse, no se inmutaron, ni confundieron, sino que conservaron su propio ser, y sus propios atributos. De suerte que Dios nada perdió de lo que tenia, uniéndose con el hombre; y el hombre nada perdió de lo que tenia, uniéndose con Dios: por cuyo motivo decimos, que en Christo hay dos naturalezas realmente distintas, dos entendimientos y dos voluntades. Pero como no hay mas que una Persona, y esta Divina, la segunda de la Trinidad, decimos, que no hay mas que un solo Christo, un solo Hijo de Dios y de María.

4 Bien pudiera, señores, explicaros con algun exemplo lo que acabais de oír. Bien pudiera ponderar el inmenso provecho que acarreó á los hombres Dios hecho hombre. Pero me temo, que me culpariais de prolixo. Y aun os confieso llanamente que me he excedido en empeñarme á hablaros en un exórdio de los dos arcanos misterios de nuestra predestinacion y de la Encarnacion del Hijo de Dios, aunque el Evangelio me diera motivo para ello. Pero comencé, preocupada mi imaginacion de la idea de que hoy habia de predicar de un misterio, de una muger doctora de la Iglesia, de una Virgen Madre espiritual de muchos hijos, de una santa Teresa de Jesus; y una vez metido en un empeño superior á mis fuerzas, dixé: ea, vengan misterios, que este es el dia de emprender temeridades.

Y tal vez de estudio me he ido entreteniendo por no entrar en un asunto, que me parece el mas difícil y el mas sagrado. En verdad á su vista estoy mucho mas absorto, que pudo estarlo san Gregorio Nacianzeno, quan-

quando se puso á trabajar el panegirico del gran Basilio. Porque si aquel eloquentísimo santísimo Padre decia, que habia tardado á cumplir con la obligacion que tenia de elogiar á su amigo san Basilio, porque ántes debia purificar sus labios y su espíritu, como si hubiera de ofrecer un sacrificio: ¿con quanta mas razon puedo yo decir que me detenia, conociendo que debia prepararme muy bien ántes de ponerme á elogiar á mi preexcel-sa Madre santa Teresa? *Ut verum fatear, sermonem habere detrectabam, quemadmodum qui ad sacra accedunt, priusquam vocem animumque perpurgassem.* Pero no encuentro medio para diferir ni excusarme de hacer su elogio. Y en este trance, así como el Nacianzeno imploró el socorro del Dios de Basilio: *Deum Basilii invoco*: así tambien yo os pido, ó Gran Dios de Teresa, que me comuniquéis alguna porcion de aquellas luces, con que ilustrasteis su entendimiento, para que acierte á referir sus virtudes, de suerte que ceda en provecho de mis oyentes. Y para conseguirlo, Señor, pongo por intercesora á vuestra santísima Madre, diciéndola con el ángel. *AVE MARIA.*

5 **A**lgunos piensan, que es muy fácil hacer un panegirico, quando los oyentes tienen un perfecto conocimiento de la grandeza del asunto. Otros juzgan que esto mismo dificulta mas el desempeño. Yo quisiera, señores, que tuviesen razon aquellos cuyo pensamiento favorece mas mi intento en este dia: pues estais altamente persuadidos de las grandes virtudes, gracias y glorias que adornan á santa Teresa. Pero me hace mas fuerza la opinion de los otros, y temo que vuestra misma persuasion ha de haceros conocer que anduve corto en mi elogio. Y mas quando no me atrevo á fixar la vista en lo íntimo de su corazon, abrasado con el mas ardiente fuego de la caridad, ni levantar los ojos para des-

descubrir, si es posible, el término de sus grandezas: sino que quiero baxarlos, para encontrarla entre aquellos pequenuelos, á quienes se dignó el Padre celestial revelar sus misterios. Verdad es que con esto me conformo con la idea que me da el Evangelio, y es sin duda la mas propia. Segun ella, pues, os haré ver en la primera parte de mi oracion, como Teresa aprendió las ciencias de los santos; y para que no echeis ménos su magisterio, en la segunda os haré ver como enseñó á otros la ciencia de los santos. Y os aseguro que discípula y maestra, con su exemplo y doctrina os dará las mejores lecciones de santidad.

Primera parte.

6 **M**uy agradecida debe estar la Iglesia á aquel sabio varon que mandó á santa Teresa de Jesus, que escribiera su propia vida; pues ha logrado con eso uno de los libros que mas la edifican y la ilustran. Pero debo yo estarle con especialidad reconocido; porque me facilitó que pueda referiros como aprendió Teresa la ciencia de los santos. Y aun si bien lo considero, me sacó del empeño, haciendo, que lo tomara ella misma á su cargo. Oid como se explica. „ Quisiera que los que „ me han mandado que escriba las mercedes, que Dios „ me ha hecho, me permitieran escribir por menudo „ mis grandes pecados, y mi ruin vida. Diéranme gran „ consuelo; mas no han querido: por eso ruego, por „ amor del Señor, á quien leyera este discurso de mi „ vida, que tenga presente que he sido tan ruin, que „ no he hallado Santo en quien consolarme. „

7 Así comienza Teresa el prólogo de su vida; y al mismo tono continua diciendo: „ El tener padres muy „ virtuosos y temerosos de Dios, con lo que el Señor me „ favorecia, á no ser yo tan ruin, me bastara para que „ fuera buena. „ Y bastan, bastan, señores, estas pocas pa-
Tom. II. X la-

labras á hacerlos conocer, que Teresa tiene la mejor disposicion, para aprender la ciencia de los santos. Porque ¿no es esta propia de los humildes de corazon? ¿No son los pequenuelos aquellos á quienes el Eterno Padre quiere revelar los misterios y las verdades, que oculta á los soberbios, presumidos de sabios y de prudentes? *Abscondisti hæc á sapientibus, & prudentibus, & revelasti ea párvulis.* Y en conformidad de esta sentencia evangélica, no fué el humilde apacible Jacob, á quien el Señor dió la ciencia de los santos, que negó á su fiero, soberbio hermano Esaú? *Dedit illi scientiam sanctorum.* Y para que acabeis de conocer esta verdad incontrastable, reparad que aun la ciencia del mundo y de los pecadores, que hincha y desvanece á sus maestros, pide en sus discípulos como precisa circunstancia un genio dócil, obediente, humilde; por cuyo defecto no admitia Pitágoras en su escuela á los jóvenes soberbios. Pues ¿quanto mas necesaria será la humildad á quien quiera aprender la ciencia de los santos? Porque ¿es otra cosa la ciencia de los santos, que un perfecto, práctico conocimiento del mal y del bien, del vicio y de la virtud, que nos mueve al odio y á la fuga de aquel, y al amor y á la práctica de esta? ¿Es otra cosa en sentir de Salomon, que la prudencia que dicta los medios mas conducentes para adquirir la santidad? *Scientia sanctorum prudentia?* ¿Y qual lo es mas que la humildad? No es la humildad la que atrae y arrebatada la voluntad de Dios, que por su amor nos santifica, siendo la soberbia la que mas le desagrade y alexa? *Humilia respicit, & alta á longe cognoscit.* ¿No es la humildad el fundamento de aquella fábrica excelsa, que la sabiduría del Soberano erige en el alma del justo, para que le sirva de palacio; siendo la soberbia la que la derriba y demuele? *Sapientia ædificavit sibi domum.*

8 Ea, señores, quedemos de acuerdo, que solamente los humildes pueden ser sabios en la ciencia de los santos; y veamos como lo fué Teresa. Ya habeis leído

do en las tres primeras líneas de su vida tres confesiones de su ruindad, las que repite innumerables veces en el discurso de ella. Y no contentándose con decir en general que era muy ruin: (lenguage de que usan los mas soberbios hipócritas, para grangearse el crédito de humildes) descende á los casos particulares, y abulta de suerte sus defectos é imperfecciones, que he estado alguna vez á pique de creer que fué, como ella dice, la mayor pecadora del mundo. Tal es el ingenioso artificio, con que pondera sus faltas, y disminuye sus virtudes, lo que es absolutamente incompatible con la soberbia.

9 Pero si acaso no acaban de convencerlos sus palabras, recurrid á las obras: aplicad la piedra de toque de las alabanzas, y de las injurias, y reconoceréis la gran fineza, y quilates de su humildad. Alabadla de hermosa, discreta y virtuosa: y se colorea y se confunde. Despreciadla, ajadla, infamadla de embustera, hipócrita, soberbia: y se alegra. Concédale Dios éxtasis, arrobamientos, y otras mercedes extraordinarias: y se entristece, llora y le pide á su Magestad que las suspenda, hasta que lo consigue. Aflijala el Señor con enfermedades y tribulaciones: y sobresale de gozo como san Pablo en las suyas; porque se persuade y dice, que entonces Dios la conoce y la trata segun ella merece: *Superabundo gaudio in tribulationibus meis.* Recurrid á las obras. Entrad en los claustros de los monasterios, que funda, y veréis, que consulta sus dudas con las mas novicias. Veréis que es la primera que toma la escoba para barrer, el estropajo para fregar. Veréis, que quando no le permite su debilidad esos ni otros penosos ejercicios, toma el candil para alumbrar á sus hijas. Veréis, que se hace quitar el hábito como indigna, y ruega despues que se lo vuelvan á vestir como de gracia. Entrad en el refitorio, y veréis (aquí me pasmo) como anda arrastrando con las manos por el suelo, cargada sobre su espalda una espuerta de piedras, llevándola del diestro

tro una hermana, y diciendo á voces que es una jumenta. Diría yo que son hazañerías, si no supiera que son heroicidades de la humildad de Teresa, que baxó rápidamente por todos los doce grados ó gradas, que señaló á esta virtud el gran patriarca san Benito. Inclínad los ojos, y la veréis aniquilada, ó no la veréis, reducida á la nada con su propia humildad, hasta que veais, que la mano del Altísimo la sube á la mas alta cumbre de la santidad.

10 Presumo, señores, me diréis, que he invertido el orden de mi oracion, llevándoos á los últimos tercios de la vida de Teresa, y proponiéndooisla, sin saber como, perfecta en la ciencia de los santos. Mas no teneis razon; porque bastantemente claro os he mostrado, que la humildad fué el primero y principal medio de que se valió para aprenderla. Sin embargo por complaceros vuelvo á los principios de la vida de nuestra santa. Aunque no ha de ser para representároisla ocupada en recoger estampas, formar altares, ni otras devociones pueriles, que suelen notarse en los niños, como presagios de una santidad futura. Desde el primer instante del uso de su razon, manifiesta Teresa la solidez de su piedad y de su juicio. Toma en sus manos los mejores libros; y luego encuentra en ellos, repara en lo mejor, en lo que mas le importa, que es la eternidad de la gloria, y la eternidad del infierno: y penetrada de este conocimiento, pronunciando muchas veces para siempre, siempre, siempre, se siente impeler hácia el camino de la virtud y de la verdad.

11 Y no ménos se aprovecha de la leccion de las vidas de los santos mártires. Como si hubiera leído en san Agustin, que los christianos debemos tener vergüenza de celebrar en otros la constancia que no nos atrevemos á imitar: como si hubiera leído en san Pablo la promesa, de que serán compañeros de Jesu-Christo, cabeza nuestra, en los consuelos, los que lo fuesen en sus penas: como si hubiera oído al real Profeta, quan-

do

do mas disgustado de las cosas de este mundo; y mas apasionado de las del cielo, clamaba: *¿Que espero yo en la tierra, que es lo que me está preparado en los cielos? Se estremecen mis carnes. Vos, Señor, sois todo el Dios de mi corazon: la herencia á cuya eterna posesion aspiro. Quid mihi est in caelo, & á te quid volui super terram? Defecit caro mea, Deus cordis mei, & pars mea Deus in aeternum.* Como si estuviera, digo, Teresa, y en verdad lo estaba, preocupada de los pensamientos y afectos de los santos padres, de los apóstoles y de los profetas: así toma la ardua resolucion de irse á Africa á morir por Jesu-Christo. Sale de la casa de sus padres en compañía de un hermanito suyo; y si como encontró en el camino con su Tio, encuentra con Daciano, dá en un cadahalso á Avila su patria el mismo auténtico testimonio de fortaleza, que diéron á Alcalá de Henares Pastor y Justo.

12 De este modo, señores, empieza Teresa á aprender la ciencia de los santos. El deseo ardiente del martirio que ha sido siempre el último y mas eficaz argumento que han podido formar los mas perfectos christianos, en prueba de su amor á Dios, y de su santidad, no es en Teresa mas que un principio, un rudimento. ¡O maravilla! Digan engañados los gentiles que habia alguna oculta divinidad en Hércules y Alexandro, porque en sus tiernos años aquel despedazó las culebras, y este domó los bucéfalos: que yo diré con mas verdad, que aquel Espíritu Divino, que sin acepcion de sexos, edades, ni personas, inspira á los que quiere: que aquel Espíritu que sin necesitar de tiempo, instruye y santifica á los que ama, ha hecho á Teresa, muger, niña, y en un instante sabia consumada en la ciencia de los santos. Y ella misma tambien dirá con las palabras de Christo en el Evangelio: O Padre Eterno, yo confieso que sois Señor de cielos y tierra; pues á mi pequeñuela me habeis revelado lo que ocultasteis á los sabios del mundo. Y si quiere añadir, como decia san Gerónimo, á la ex-

pre-

presion del reconocimiento el alhago propio de su tierna edad y corazon, dirá: Si padre mio: *Ita Pater. Si: porque así lo habeis querido: Quoniam sic fuit placitum ante te.*

13 Mas si por eso pensais, que la ciencia de Teresa fué efecto de la voluntad de Dios, de suerte que ella no tuvo parte ni mérito en adquirirla, os engañais. Porque aunque no podemos negar que le cupo en suerte un ingenio vivo, un juicio sólido, un entendimiento sublime, un corazon fiel y generoso, un alma, como dice el Sabio, naturalmente buena: con todo debemos conceder el mayor mérito á su aplicacion, y á su trabajo.

¿No habeis oido la atencion, el gusto, y el provecho con que en sus primeros años leía los libros mas piadosos? Y en el resto de su vida ¿que hizo sino leer las cartas de san Gerónimo, y aprender en ellas las insignes virtudes que el Máximo Doctor celebra en las Virgenes Eustochio y Ascela? ¿Que hizo, sino leer las confesiones de san Agustin, y aprender en ellas un gran horror al pecado, y un gran conocimiento de la necesidad de la gracia de Dios? ¿Que hizo, sino leer los morales de san Gregorio, y aprender en ellos aquellas palabras de Job, que repetia en sus continuas enfermedades: *Si recibimos los bienes de la mano del Señor, porque no recibiremos los males?* ¿Que hizo, sino leer otros muchos libros provechosos que cita en los suyos, habiendo tenido para escogerlos, y desechar los inútiles el mayor acierto que es posible?

14 El mismo discernimiento tuvo para conocer los sujetos que debian ser los directores de su espíritu. Y parece que la Divina providencia á beneficio suyo dispuso, que en su tiempo floreciesen en España mas varones sabios y santos, que han producido muchos siglos. Bien célebres y conocidos son en el mundo por su santidad, y sabiduría. Pues á todos buscaba Teresa: con todos consultaba sus dudas: á todos pedia que le dieran lec-

lecciones de la ciencia de los santos. Quando la suerte no los traía á Avila, no pudiendo ir por su estado á donde ellos estaban, la pluma vencía los estorbos de la distancia, y suplía los defectos de la lengua. Santamente curiosa de saber lo que le convenia para ser santa, lo preguntaba y escribía á Salamanca á sus primeros catedráticos, á Andalucía á su Apóstol Juan de Avila, á Portugal al Venerable, y mi siempre venerado maestro Fr. Luis de Granada. Pero no deben llamarse sus preguntas efectos de su ignorancia, sino de la humildad profunda, que la hacia creer y decir, que era la mas ignorante del mundo, y la hacia temer que habia de errar el camino de la virtud. Porque en verdad llegó tiempo, en que pudo decir con el real Profeta, que sabia mejor la ciencia de los santos, que todos los que se la enseñaban: *Super omnes docentes me intellexi.* Porque la aprendia como David, en la meditacion de los testimonios de Dios: *Quia testimonia tua meditatio mea est.*

15 Aquí, señores, me hallo en la playa de un mar inmenso de luces: al pie de un monte inaccesible de santidad: á vista de la perenne caudalosa fuente del paraíso. Quiero decir con estas expresiones figuradas, que encuentro en la oracion de Teresa la escuela de su sabiduría. Porque Jesu-Christo fué su maestro, su libro y su asunto. Creyendo con san Pablo que lo sabia todo, sabiendo á Jesu-Christo crucificado, su contemplacion era su estudio: su amor, su raciocinio. En los misterios de su Encarnacion, muerte y resurreccion aprendió Teresa á esperar en su misericordia, á temer su justicia, á reconocer sus beneficios, á pedir sus gracias: aprendió á aniquilarse con Jesus, á nacer con Jesus, á morir con Jesus, á resuscitar con Jesus. Su amado Jesus le abrió y le puso delante de sus ojos aquel libro de la eternidad, que vió san Juan en el Apocalipsis, y la ayudó á que como águila generosa mirara al divino Sol de hito á hito, y subiera hasta su esfera á beberle las luces de

de la doctrina que la Iglesia llama celestial, y habia de enseñar Teresa á todo el mundo como maestra y doctora.

Segunda parte.

16 **T**al vez, señores, os causará admiracion el que intente hablaros en la segunda parte de mi oracion del magisterio de Teresa. Porque os parece que á las vírgenes christianas les toca por legítima la sencillez: les basta el ser dóciles, humildes, el saber la voluntad de Dios para seguirla; y que la gracia, acomodándose á la flaqueza de su sexó, ha colocado su perfeccion en oír, no en enseñar, en obedecer, no en mandar. Y para prueba de vuestro dictámen me alegaréis el infalible testimonio de san Pablo: *Mulieres in Ecclesiis taceant.* ¿Pero que? No ha de haber alguna excepcion de esta regla general? ¿No ha de haber entre los pequeñuelos del Evangelio algunas mugeres, á quienes Dios revele sus misterios, para que los comuniquen á otros? ¿No ha de haber en la Iglesia vírgenes prudentes que sepan obedecer, y sean capaces de mandar: que lleven en sus manos lámparas encendidas en caridad, lucidas en sabiduría; y que sean las primeras en salir al encuentro del esposo para conocerle, y enseñarle á otros? No ha de haber muchas hijas de Sion que recojan los tesoros de la sabiduría, y entre ellas alguna que las exceda á todas, para que liberal las distribuya? *Multæ filiae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.*

17 Está muy bien que se expongan á la irrisión y al desprecio universal los que se empeñan en defender que las mugeres por su natural constitucion son capaces de saber y hacer lo mismo que los hombres. Está muy bien que las mugeres se mantengan sujetas al dominio y gobierno de los hombres, conforme la disposi-
cion

cion que prescribió el Criador del universo. Está muy bien que las mugeres no se ocupen en aprender matemáticas, filosofía, ni medicinas. Pero aquí no se trata sino de la ciencia de los Santos, que infunde Dios á los que quiere, y para lo que quiere; y la infundió á santa Teresa de Jesus, para que la enseñara á otros. El Señor quiso que en los últimos siglos admiraran en una muger Doctora de la Iglesia un milagro que no viéron los primeros. Y ya que en ellos Priscila, Maximila, Agape y otras con sus errores diéron motivo á que se dixera, que no habia habido heregía que no hubiese tenido á alguna muger por autora, ó compañera auxiliadora de su autor: justo es que en los últimos tiempos Teresa tome á su cargo reparar las quiebras y la infamia de su sexó, regentando en la Iglesia la cátedra de la santidad. Y que bien! Digno es de envidia, Señora, el honor que os acarrea. Porque esta Virgen monásticamente prudente, como hablan los Theólogos con Santo Tomas, eligió los mejores medios para ser santa; y políticamente prudente, los enseñó á otros, para que lo fuesen. Y aun mas prudente en la gran resistencia que puso para tomar tan alto magisterio? ¿Quantas veces la mandó Dios que le tomara? ¿Quanto tiempo se detuvo? Hasta que no uno, sino muchos hombres los mas sabios y santos, la aseguraron que era voluntad de Dios. Entonces á mas no poder por la puerta de la obediencia entró Teresa en la escuela á ser maestra de santidad. Verdad es que al mismo paso que la detenía su humildad, el fervor de la caridad, y el zelo la impelia á procurar el honor de Dios y de sus próximos. Porque aquellas lágrimas que derramaba al oír los estragos que causaba la heregía en Alemania y en Francia, al ver deformado, inculto, árido el Carmelo, al ver la relaxacion de las costumbres de la Christiandad: aquellas lágrimas, digo, que eran sino señas de que hervia, y se desleía su corazón abrasado al fuego de la caridad? aquellas voces con que exclamaba: *A! Señor! El*

mundo y el Demonio cada dia os roban tantas almas; y yo no podré ganáros una? que eran, sino protestas de su amor?

18 La obediencia pues, señores, y la caridad fueron notoriamente las razones que tuvo Teresa para entrar en la ardua inaudita empresa de enseñar la ciencia de los Santos. Pero yo no sé por donde entrar à referiros los admirables efectos de su enseñanza. Os diré ¿como se familiarizaba con los pecadores? Fingíase pecadora, lastimábase de su desgracia, amedrentábase con las penas del infierno, hablábales de la hermosura de la virtud, del consuelo que trae consigo la serenidad de una buena conciencia, ganábales el corazón y les convertía. Os diré como trataba con los tibios, con los que tienen el corazón partido entre Dios y el mundo? Yo en algun tiempo, les decia, me hallé en el mismo estado que vosotros, deseosa de ver y ser vista, bien hallada en ciertas vagas complacencias, que no horrorizan, y pervierten: conocia que Dios por una parte me llamaba, por otra el mundo me detenía: queria servir á Dios y al mundo, y entregada á la direccion de un confesor medio sabio no me desengañaba. Pero creed, que experimentaba á ese estado el mas triste y peligroso. Dexad al mundo, concluia y seguid á Dios. Y lo lograba.

19 Os diré, ¿que sus propios directores, los mas sabios zelosos Obispos de las primeras Iglesias de España la escribían, manifestándola su espíritu, consultándola sus dudas, y que Teresa les respondía, como pudiera san Pablo á Timotheo, volviéndoles sin envidia la misma sabiduría que sin ficcion habia aprendido? ¿Os diré, que se empeño por inspiracion divina á reformar la religion en que habia profesado? ¡Que designio tan elevado! Conspiraron el infierno y el mundo en desvanecerle. Los malos no podian sufrirle: los buenos no se atrevian á aprobarle. Cruzábanse los memoriales, las sátiras: resonaban en los pulpitos las mas vehementes

de-

declamaciones contra ella. Armóse tal vez la piedad contra la piedad, el zelo contra la inocencia. ¿Y Teresa? Calló, sufrió, aguardó los socorros del cielo, baxo cuyos auspicios peleó, venció, consiguió que en sus dias poblaran el Carmelo rígidos anacoretas, extáticos profetas: que cayera la mas copiosa lluvia de gracias sobre aquel monte, para que renaciera el espíritu de la piedad, que en algun modo habian sofocado la injuria del tiempo, y el espíritu del mundo.

20 ¿Os dire? . . . Pero que hé de decir, que no lo haya dicho esta gran madre ó Matriarca en sus libros con mayor gracia y energía, que yo pueda decirlo? Leedlos y vereis como guía á sus novicias desde la falda hasta la cumbre por el camino de la perfeccion: como destierra de sus monasterios la avaricia, el apego, la solicitud de los bienes temporales que se introduce baxo la capa del bien de la comunidad: como inspira una devocion toda interior, notando de ceremonioso, inútil y aun culpable el demasiado cuydado, que ella ponía, y ponen muchas en el exterior adorno de los altares: como persuade el amor de los trabajos, la perfecta mortificacion de los sentidos, culpando hasta el deseo de los gustos espirituales: como aconseja la abertura del espíritu, y del corazón, reprehendiendo que sus secretos solamente se fien à uno ú otro director, que puede ser ménos entendido, y puede estar preocupado: como en su consecuencia induce á la desconfianza de las propias ilustraciones, manifestando que muchas veces son ilusiones de un espíritu engañoso, que se viste con el traje de Divino: Vereys como trata del exercicio santo de la oracion: como distingue los principios, los progresos, los fines de un alma, llevándola por sus célebres *moradas* á unirla íntimamente con Dios: como la purifica, la recoge, la eleva: como aniquila sus potencias, hasta que el entendimiento en algun modo suspende sus operaciones para que sola obre la voluntad en el amor. Vereys como penetra, y expli-

Y 2

ca